

Fecha 11.11.2025	Sección Primera	Página 6
---------------------	--------------------	-------------

El espejismo del desarrollo: sin industria y sin campo

Por José Romero

El campo mexicano se viene muriendo desde hace cuarenta años, y el gobierno lo mira con la serenidad de quien confunde la caridad con la justicia. Se habla de soberanía alimentaria mientras se importan millones de toneladas de granos; se celebra la autosuficiencia en discursos que ni siquiera alcanzan para llenar un silo. El país que pudo ser potencia agroalimentaria se resigna a sobrevivir con paliativos, administrando su decadencia con programas asistenciales que cambian de nombre, pero no de lógica. El campo no está en crisis por falta de dinero, sino por exceso de improvisación y ausencia de rumbo.

El gobierno actual se presenta como un proyecto de transformación, pero su política agrícola conserva la estructura de siempre: subsidios dispersos, burocracia omnipresente y un desdén absoluto por la producción. Se multiplican las transferencias directas, se anuncian precios de garantía, se promete justicia al campesino, pero la tierra produce menos y el país importa más. Se subsidia la pobreza en lugar de incentivar la productividad; se reparte dinero, pero no se construyen mercados ni capacidades tecnológicas. El Estado se volvió un repartidor de cheques, no un promotor de desarrollo. Y lo más grave es que esa renuncia se vende como virtud: el asistencialismo se disfraza de ideología y la mediocridad de política social.

La desaparición de ASERCA y de la Agricultura por Contrato fue el golpe definitivo a la certidumbre productiva. Aquellos instrumentos ofrecían cobertura de precios y estabilidad comercial. No eran perfectos, pero funcionaban. Su eliminación dejó al productor a merced del mercado internacional. Los apoyos por tonelada, los aranceles repentinos y las compras públicas de emergencia no sustituyen la planeación: solo prolongan el desastre. México cambió la política agrícola por la política del rescate. Un país que no puede garantizar el precio de su cosecha tampoco puede garantizar su futuro.

Tras el desmantelamiento de CONASUPO

en los noventa, ASERCA

representó un sustituto limitado del viejo Estado coordinador: una versión neoliberal que, aunque insuficiente, ofrecía estabilidad. Mientras CONASUPO integraba producción, acopio y abasto bajo la lógica del desarrollo nacional, ASERCA fue su remanente tecnocrático. La diferencia entre ambos resume la decadencia del Estado: de productor pasó a mediador y luego a espectador. Con la desaparición de ASERCA se consumó el abandono institucional del campo mexicano.

Durante décadas, CONASUPO encarnó la idea de Estado desarrollador: el que coordina, produce y distribuye para reducir desigualdades estructurales. Compraba cosechas nacionales a precios de garantía, almacenaba en miles de bodegas y aseguraba la venta de alimentos básicos en tiendas rurales. No solo daba estabilidad al productor, también al consumidor, garantizando una red de abasto social que hoy no existe. Su desmantelamiento, bajo la doctrina del mercado, fue el inicio del desierto actual: se desmontaron silos, se privatizó el acopio y se abandonó la soberanía alimentaria en nombre de la eficiencia.

Hoy, los grandes exportadores del agro mexicano ya no son nacionales. Las cadenas más rentables —aguacate, berries, frutas y hortalizas— están controladas por corporaciones extranjeras como Driscoll's, Mission Produce o Del Monte, que coordinan la producción y la exportación desde fuera del país. Y en los granos, las comercializadoras dominantes son Cargill, ADM, Bunge y Louis Dreyfus: todas foráneas. México exporta con capital extranjero e importa su comida con capital extranjero. El Estado ha perdido el timón y contempla cómo el valor agregado, las divisas y la tecnología fluyen hacia fuera. Es la desnacionalización silenciosa del campo, presentada como éxito comercial.

Segalmex simboliza el fracaso del intento de revivir esa función estatal sin recuperar su espíritu. Nació con la promesa de justicia



Fecha 11.11.2025	Sección Primera	Página 6
----------------------------	---------------------------	--------------------

para los pequeños productores y se convirtió en emblema del desorden: bodegas saturadas, maíz podrido, pérdidas millonarias y opacidad. Ninguna transformación puede sostenerse sobre la corrupción. La soberanía alimentaria no se decreta con discursos: se construye con instituciones que produzcan, almacenen y distribuyan con eficiencia. El actual gobierno heredó un campo vulnerable y lo hizo más frágil: endeudado, dividido y dependiente del presupuesto.

A esa ceguera productiva se suma otra forma de desorden: el Estado ni siquiera planifica el uso del recurso más básico, el agua. Más del setenta por ciento del líquido concesionado se destina al riego, pero no existe una estrategia nacional para administrarlo ni modernizar los distritos agrícolas. Se promete aumentar la producción sin infraestructura hidráulica ni tecnologías de riego, como si el agua fuera infinita. El problema no es solo de escasez, sino de dirección: el país necesita planear su uso productivo y equitativo, integrando la política hídrica a la agrícola, como hacen las naciones que se toman en serio su desarrollo.

El resultado es un sistema agrícola fracturado. Un puñado de productores de exporta-

ción mantiene la competitividad gracias a su tecnología, mientras millones de campesinos dependen de apoyos que apenas alcanzan para sembrar otra vez. Entre ambos grupos, la mayoría de los productores medianos—los que deberían sostener el mercado interno— está condenada al abandono: demasiado grande para el asistencialismo y demasiado pequeña para el crédito comercial. Ese vacío destruye el tejido productivo y condena al país a la dependencia alimentaria.

La paradoja es brutal: un gobierno que se proclama de transformación ha terminado por consolidar el viejo modelo de dominación, donde el campesino agradece el subsidio en lugar de exigir un mercado justo. La justicia rural no se logra con limosnas, sino con productividad, organización y conocimiento. Ninguna sociedad se emancipa repartiendo dádivas. La soberanía no se alcanza con discursos, sino con inversión, tecnología e inteligencia pública. La autosuficiencia de la que se presume no es más que un reflejo en el desierto: un espejismo que se evapora frente a la realidad de un campo agotado y de un Estado que ha olvidado su deber más elemental: producir para vivir con dignidad.

Segalmex simboliza el fracaso del intento de revivir esa función estatal sin recuperar su espíritu. Nació con la promesa de justicia para los pequeños productores y se convirtió en emblema del desorden: bodegas saturadas, maíz podrido, pérdidas millonarias y opacidad.

Ninguna transformación puede sostenerse sobre la corrupción



Foto Cuartoscuro



Foto Cuartoscuro